

CAPITULO X.

Penosa marcha de Ojeda y sus compañeros á través de las marismas de Cuba.

Los últimos servicios de Ojeda no pudieron conseguir que la cuadrilla de Talavera depusiese sus intenciones hostiles respecto de él; pero pronto vieron que si mucho valía en el mar, también eran grandes sus conocimientos en la tierra, de modo que no tardó en ejercer sobre ellos el ascendiente que irresistiblemente consigue cualquier espíritu intrépido y arrojado en los momentos de calamidad.

Cuba no se había aun colonizado. Era el punto donde se refugiaban los desgraciados naturales de Hayti, que huían del látigo y las cadenas de los europeos. Los bosques abundaban en tales fugitivos; siendo frecuentes las peleas que estos trababan con las partidas de náufragos, en la creencia de que venían enviados por sus amos para cazarlos y volverselos á llevar cautivos.

Ojeda rechazaba fácilmente semejantes ataques; pero conoció que los fugitivos habían comunicado su odio hácia los europeos á los sencillos habitantes de Cuba; y como sus compañeros eran demasiado débiles y cobardes para abrirse paso á la fuerza por la parte mas poblada de la isla ó trepar por los montes del interior, determinó evitar la entrada en poblado, guiándolos por los bosques mas espesos y las anchas y desiertas sábanas á las orillas del mar.

Con esto no hizo mas que escoger entre dos males. Los bosques se iban retirando gradualmente de la costa: las sábanas, que en un principio no ofrecían á la vista sino crecida yerba y hermosas enredaderas, iban convirtiéndose insensiblemente en tierras pantanosas y saladas, cuyo suelo blando y resbaladizo no les permitía fijar el pié, metiéndose hasta las rodillas en fango y lodo. Sin embargo, proseguían adelante con la esperanza de hallar terreno mas firme, figurando ver hermosos prados á lo lejos; pero continuamente se engañaban. Cuanto mas andaban mas profundo era el lodo; y despues de ocho dias de tan penosísima marcha, se encontraron en medio de una vasta marisma con el agua hasta la cintura. Aumentaba los apuros de su triste posición la sed rabiosa que sentían, pues toda aquella agua era tan salada como la del Océano. No era menos devoradora su hambre; solamente comían un poco de pan de cazabe y queso, algunas patatas y otras raíces crudas. Cuando les acometía el sueño, se acostaban sobre las entrelazadas raíces de los manglares que crecían en el agua. Las terribles marismas eran cada vez mas anchas y profundas; y en algunos parajes tenían que vadear rios, ahogándose los que no sabían nadar y quedando otros enterrados en el cieno.

Agravabase diariamente su situación. El pan de cazabe se les maleó con la humedad, y las raíces iban escaseando. Las marismas parecían interminables, y no se atrevían á retroceder despues de haber andado tanto. Ojeda era el único que conservaba su presencia de ánimo, alentándoles con su ejemplo para que no desmayasen. Llevaba consigo la pequeña imagen de la Virgen que le había dado el obispo Fonseca, cuidadosamente conservada en la mochila. Siempre que hacían alto en medio de los manglares, sacaba su efigie, la colocaba entre las ramas y se arrodillaba delante pidiéndole amparo y protección. Esto lo repetía varias veces en el discurso del día, y logró que sus compañeros le imitasen. Hizo mas; en un momento desesperado ofreció á la Virgen que si le sacaba con vida de tantos peligros, la erigiría una capilla en la primera población india á donde llegase, dejando allí la imagen para que fuese adorada por los salvajes.

Las marismas tenían treinta leguas de extensión; eran tan profundas y difíciles de pasar, estaban tan obstruidas por las entrelazadas raíces y vejueos, tan

rodeadas de terrenos pantanosos, que tardaron treinta dias en atravesarlas; de setenta hombres que embarcaron quedaban solo treinta y cinco. «Lo cierto es,» dice el venerable Las Casas «que los padecimientos de los españoles en el Nuevo Mundo, buscando riquezas, exceden á los de todas las demás naciones; pero los de Ojeda y su gente superaron á todos los demás.

Creció á tal extremo el hambre y el cansancio, que muchos dejándose caer, entregaban el alma al Criador; otros sentados entre los manglares aguardaban con desesperación la muerte para que pusiese fin á sus sufrimientos. Ojeda con los mas ágiles y vigorosos, continuaba adelante luchando con los obstáculos hasta que con un placer difícil de describir pisaron por fin tierra firme y seca. Descubrieron entonces un sendero; siguiéronlo, y llegaron á un pueblecito indio, mandado por un cacique llamado Cueybas. Al llegar, se dejaron caer, muertos de cansancio y de fatiga.

Los indios los rodearon, examinándolos con asombro; pero, así que supieron su triste historia, los trataron con una humanidad que hubiera honrado á los cristianos mas piadosos. Los condujeron á sus casas y les dieron de comer y beber, disputándose entre sí el placer de ejercer con ellos la caridad mas tierna y desinteresada. Sabiendo que muchos de aquellos desgraciados permanecían en las marismas, mandó el cacique una partida de indios con provisiones para que los auxiliaran, ordenándoles que trajesen sobre sus hombros á los que estuviesen imposibilitados de andar. «Los indios,» dice el obispo Las Casas, «hicieron mas de lo que se les había mandado, como acostumbraban cuando no se les exaspera con crueldades. Trajeron á los españoles, socorridos, acariciados, contemplados y casi adorados, como si fueran ángeles.»

CAPITULO XI.

Ojeda cumple su voto á la Virgen.

RECORRADO ya Ojeda de sus padecimientos, se preparó para cumplir su voto á la Virgen á pesar del profundo sentimiento que le causaba separarse de una reliquia, á la cual atribuía haber salido sano y salvo de tantos y tan inmensos peligros. Construyó una capilla en el pueblo, donde colocó un altar para el culto de la imagen. Llamó al buen cacique, y le explicó lo mejor que pudo valiéndose de intérprete, pues apenas conocían su idioma, los principales puntos de la religión católica, y muy particularmente cuanto concierne á la Santísima Virgen, madre de Dios, reina de cielo y tierra y abogada de todos los pecadores.

El virtuoso cacique le oyó con la mayor atención, y á pesar de no comprender con claridad su doctrina, concibió una profunda veneración hácia la imagen de la Virgen. Este sentimiento de piedad fue adoptado y respetado por sus súbditos. Conservaron siempre el oratorio limpio y adornado con colgaduras de algodón trabajadas por ellos y varias ofrendas. Compusieron canciones en honor de la Virgen, que cantaban acompañándose con los rústicos instrumentos, y bailando á compás alrededor de la ermita.

Se refiere de esta reliquia una anécdota que no carece de interés. El venerable Las Casas, en su relación de estos hechos, dice: que habiendo llegado él al pueblo de Cueybas, poco despues de haber salido Ojeda, halló el oratorio conservado con el religioso esmero que exigen tan santos lugares, y la imagen de la Virgen siendo objeto de la mas profunda adoración. Los pobres indios se reunieron para oír misa; la que dijo en el altar, escuchando aquellos con la mayor atención sus paternales instrucciones y trayendo sus hijos á bautizar sin la menor repugnancia. El buen Las Casas había oído hablar mucho de la famosa reliquia que tanto apreciaba Ojeda, y tenía gran deseo

CAPITULO XII.

Llegada de Ojeda á Jamáica.—Cómo le recibe Juan de Esquivel.

Así que los españoles estuvieron completamente restablecidos y fuertes, emprendieron su marcha. El cacique les hizo acompañar por una porción de indios que les sirviesen de guías al través de los desiertos, y les llevasen las provisiones y mochilas hasta la provincia de Macaca, en donde Cristóbal Colon había sido recibido con la mayor hospitalidad, cuando viajó por aquellas costas. El cacique y sus súbditos no obraron de otra manera con sus nuevos huéspedes, conducta general en los habitantes de aquellas islas, antes de



Esquivel concede hospitalidad á Ojeda.

que su continuo trato con los europeos les hiciese crueles y recelosos.

La provincia de Macaca estaba situada en el cabo de la Cruz, que era el punto mas próximo á Jamáica. Supo Ojeda que había españoles establecidos en esta isla, y era en efecto una partida mandada por aquel Juan de Esquivel, cuya cabeza quiso él cortar cuando salió con tanta arrogancia de Santo Domingo. Ojeda estaba destinado á tener que humillarse ante las personas que había ofendido. Vióse pues en la dura precisión de pedir auxilios al mismo hombre á quien tan vanagloriosamente había insultado, porque no estaba en el caso de sostener su necio orgullo. El cacique de Macaca proporcionó una canoa con algunos indios: un tal Pedro de Ordaz emprendió en tan débil barquilla una peligrosa travesía de veinte leguas, lle-

gando sano y salvo á Jamáica. No bien supo Esquivel lo acaecido á Ojeda, cuando, olvidando todo resentimiento anterior, despachó una carabela que recogiese á este desgraciado y sus compañeros. Le recibió con las mayores muestras de cariño, alojándole en su misma casa y tributándole las mas delicadas atenciones. Era muy caballero y había sido hombre de fortuna; pero, por una reunión de circunstancias adversas, su suerte no se presentaba en el día tan satisfactoria; y por lo mismo sabía entenderse con una persona desgraciada, sin herir su amor propio. El corazón de Ojeda se sintió conmovido con tan generosa conducta; permaneció muchos dias al lado de Esquivel, y se separaron dándose las mas cordiales muestras de amistad.

Con este motivo, no podemos menos de llamar la atención sobre la conducta que observaban entre sí los españoles aventureros y la ejercían con los desgraciados naturales del país. Caballeros, caritativos,

(1) Las Casas; Hist. Ind. c. 61, MS.—Herrera Hist. Ind. 1, l. ix. c. 15.

obsequiosos, solícitos por consumir sacrificios de pasión; olvidando con magnanimidad las injurias y rivalizando en generosidad unos con otros; en el momento que se trataba de indios, se volvían vengativos, sanguinarios é implacables, sin que les interesase el valor y despejado entendimiento de algunos caciques.

El mismo Juan de Esquivel, que olvidó con tanta generosidad las amenazas hostiles de Ojeda, tratándole con humanidad y cariño, había asolado, bajo las órdenes del gobernador Obando, la provincia de Hikey en la Española, y cometido mil atrocidades con sus habitantes.

Alonso de Ojeda se embarcó para Santo Domingo dejando en la Jamaica á Bernardino de Talavera y sus secuaces. Recelaban estos no les tomasen cuenta de su piratesca hazaña (la del robo del barco hecho al genovés) y hasta temían que por las violencias que usaron con Ojeda este fuese antes su acusador que su patrono. Sin embargo, Ojeda, según la opinión de Las Casas que le conocía bien, no era hombre capaz de acusar á nadie. A pesar de todas sus faltas, no guardaba rencor. Era si de carácter pronto y orgulloso, y su espada estaba dispuesta siempre á salir de la vaina á la menor provocación; pero pasado el primer ímpetu, todo lo olvidaba. Si el recuerdo de alguna injuria se mantuvo en su espíritu, no era para vengarse traídoramente de ella.

CAPITULO XIII.

Llegada de Ojeda á Santo Domingo.—Conclusion de su historia.

Así que llegó Ojeda á Santo Domingo, su primer cuidado fue informarse del bachiller Enciso. Le dijeron que hacía mucho que había salido con abundantes provisiones para la colonia, y que desde entonces no se sabía nada de él. Esperó largo tiempo creyendo que algún bajel de retorno le diría que el bachiller estaba salvo en San Sebastian; mas no recibiendo la menor noticia, empezó á recelar hubiese naufragado á impulso de los temporales que él había sufrido.

Deseando suministrar socorros á su establecimiento, y temiendo que la demora distrajera todo su plan de colonización, hizo cuantos esfuerzos son imaginables á fin de aprontar un nuevo armamento y reclutar gente; pero todo en vano. Se sabían las desgracias ocurridas á su colonia, y se le consideraba ya como hombre sin recursos. Estaba destinado á sufrir la suerte común á todos los hombres atrevidos y emprendedores. Alucinan al mundo, que los aclama por héroes mientras tienen fortuna; pero, llega el día de la desgracia, el encanto se disipa, y se les anatematiza con el nombre de aventureros. Cuando Ojeda figuraba en Santo Domingo como conquistador de Coanavo, comandante de una escuadra y gobernador de una provincia, sus hazañas eran el objeto de todas las conversaciones. Cuando se dió á la vela lleno de orgullo, para ir á tomar posesión de su gobierno, desafiando al virey y amenazando la vida de Esquivel: todos imaginaron que le acompañaba la fortuna y que nada podía resistírsele. Pero aun no habían pasado mas que algunos meses y ya andaba por las calles de Santo Domingo como un hombre oscuro, sin porvenir ni esperanza. Los que eran antes sus amigos, rehuyendo algún nuevo ataque á sus bolsillos, le hablaban con frialdad; considerábanse sus proyectos en vista del resultado como quiméricos y extravagantes; y le acosaba toda clase de humillaciones, en el mismo punto que había presenciado sus glorias.

Mientras Ojeda padecía de este modo en Santo Domingo envió el almirante don Diego Colon una partida de soldados á Jamaica para que se apoderase de Talavera y sus secuaces. Los trajeron encadenados, los metieron en calabozos y les formaron causa por el robo del buque genovés. Su crimen era demasiado público

y no admitía excusa: convictos del delito, Talavera y sus principales cómplices fueron ahorcados. Tal fue el término de su espantoso viaje por mar y tierra. Ningun miserable vagamundo ha sufrido nunca mas, ni ha luchado con mayores peligros que aquellos desgraciados, para llegar por último..... á la horca.

En el curso del proceso, naturalmente fue llamado Ojeda á declarar y su testimonio no pudo menos de serles desfavorable. Esto atrajo sobre él la venganza de los camaradas de Talavera que andaban todavía petardeando por Santo Domingo; y una noche, al retirarse tarde á su casa, fue atacado por una partida de aquellos pillos. Ostentó en tal ocasión su natural brio. Arrimóse á una pared y tiró de la espada; defendiéndose solo contra toda la chusma; no contento con apalearlos, siguió tras de ellos por la calle hasta una gran distancia, y en seguida se retiró tranquilamente á su casa.

Esta es la última proeza que se menciona del valiente pero desgraciado Ojeda. Su azarosa carrera concluyó aquí; oscureciéndose luego como acontece á un hombre arruinado. La salud se le alteró á consecuencia de sus inmensos padecimientos de los ocultos estragos de la herida que recibió en San Sebastian y que no había quedado perfectamente curada. La pobreza, el abandono y un corazón moralmente llagado, contribuyeron junto con las enfermedades corporales á dar en tierra con el carácter osado y orgulloso que le había sostenido; causa secreta de su elevación y que ahora contribuía á aumentar su desgracia; porque no hay cosa mas cruel para un espíritu arrogante, que las humillaciones y la miseria. Según parece, permaneció sufriendo algun tiempo mas en Santo Domingo. Gomara, en su Historia de Indias, asegura que se entró fraile, profesando en el convento de San Francisco, donde murió. Semejante cambio no debe sorprendernos en un hombre cuyo raro carácter era una mezcla de espíritu militar y de fanatismo; además de que se veían casos análogos entre los militares aventureros de aquellos tiempos, pasaban su juventud en la crápula y la licencia del campamento, para concluir después en la mortificación y quietud del claustro. Sin embargo, Las Casas, que entonces se hallaba en Santo Domingo, no menciona tal hecho, y si fuese cierto hablaría de ello. Por lo demás, el célebre obispo confirma cuanto se ha dicho del singular cambio que se notó en el carácter de Ojeda, y hace una tierna pintura de sus últimos momentos, pudiendo servir de comentarios á su vida. Murió tan pobre, que no dejó dinero ni para el entierro; y tan humillado de ánimo que mandó antes de espirar, que su cuerpo fuese enterrado en San Francisco, precisamente en la puerta, como una humilde expiación de su pasado orgullo, «para que todos los que entrasen lo pisaran (1).»

Tal fue el fin de Alonso de Ojeda. ¿Quién no olvida sus errores y sus faltas, en la losa de aquella humilde y temprana sepultura? Fue uno de los mas intrépidos caballeros del Océano que siguieron las huellas de Colon. Su historia es el resumen de las arriesgadas empresas, extravagantes hazañas é incidentes extraordinarios ocurridos en la azarosa vida de los caballeros españoles de aquella época romántica y aventurera.

Nunca «dice Charlevoix» hubo hombre como él para dar un golpe de mano ó ejecutar una grande empresa bajo la dirección de otro; ninguno tuvo el corazón mas elevado ni mas noble ambición de gloria; ninguno menospreció mas la fortuna, mostró mas constancia y grandeza de alma, ni halló mas recursos en su propio valor; pero tampoco ninguno fue menos á propósito para mandar en jefe. Careció siempre de acierto para conducirse y de fortuna para llevar á cabo sus resoluciones (2).

(1) Las Casas, ubi sup.

(2) Carlevoix, Hist. de Santo Domingo.

VIAJE DE DIEGO DE NICUESA.

CAPITULO I.

Niculesa se hace á la vela hacia el Occidente.—Su naufragio y subsiguientes desastres.

VAMOS ahora á describir los acontecimientos que ocurrieron en el viaje del bizarro y generoso Diego de Nicuesa, despues de separarse de Alonso de Ojeda en Cartagena. Embarcóse en una pequeña carabela para poder ir costeaando la tierra y reconociéndola; ordenó que los dos bergantines, mandado uno por su teniente Lopez de Olano, se mantuviesen próximos á él, mientras los buques de mas porte, necesitando mayor fondo, podían permanecer en alta mar. La escuadra llegó á las costas de Veragua, con un temporal furioso: no encontrando Nicuesa un puerto seguro, por temor de estrellarse entre las rocas y bajos, y viendo que se aproximaba la noche, se hizo á la mar, suponiendo que Lope de Olano le seguiría con los bergantines, según la orden dada. La noche fue borrascosa, el viento azotó á la carabela y cuando amaneció ni un solo buque estaba á la vista.

Niculesa temió que los bergantines hubiesen experimentado alguna desgracia; se aproximó á tierra y anduvo costeaando en su busca hasta que encontró un inmenso río en el cual ancló. Las aguas, que estaban crecidas á causa de la lluvia, bajaron repentinamente, y antes de que tuviesen tiempo para evitarlo, varó la carabela y cayó de costado. La corriente llevaba un ímpetu tal, y arrastraba tras sí la débil nave con tanta violencia que parecía iba á deshacerse en mil pedazos. En tan inminente peligro, un valiente marino se arrojó al agua llevando una cuerda en la mano, con intencion de llegar á tierra y salvar la tripulación atandola á un árbol; pero el infeliz fue arrastrado por la corriente, á la vista de sus consternados compañeros. A pesar de esta desgracia otro valiente le imitó y consiguió ganar la orilla: ató entonces fuertemente á un árbol el cabo de la cuerda, mientras el otro cabo estaba bien seguro á bordo de la carabela. Nicuesa y toda la tripulación se deslizaron uno á uno á lo largo de la cuerda y de este modo consiguieron salvarse.

Apenas habían concluido esta operación, cuando la carabela se hizo mil pedazos, perdiendo en ella provisiones, ropa y todo. Nada lograron salvar, excepto un bote, que por casualidad se vino á tierra. Encontráronse aquellos infelices en una costa remota y salvaje, sin alimentos, sin armas y casi desnudos. ¿Qué se había hecho el resto de la escuadra? No lo sabían. Unos temían que los bergantines hubiesen naufragado; otros recordaban que Lope de Olano había sido de los viles cómplices que Lope de Olano había sido de los viles cómplices que Roldán cuando este se reveló contra Colon, y juzgándole por la escuela en que se había amaestrado, recelaban que hubiese desertado con aquellos buques. Nicuesa participaba de sus temores y estaba en un estado de cruel ansiedad; sin embargo, disimulando su pena, trató de reanimar á sus compañeros, proponiéndoles ir marchando á pié hacia el Occidente en busca de Veragua, lugar de su presunto gobierno; con la observación de que si los buques se habían salvado de la tempestad, probablemente arribarían á aquella costa. Acordaron, pues, caminar siguiendo la orilla del mar, por que lo enmarañado del bosque les impedía penetrar en el interior. Cuatro de los mas intrépidos marineros se embarcaron en el bote, manteniéndose siempre al lado, para ayudarles á pasar los rios y las bahías.

Sus padecimientos eran inauditos; los mas de ellos no llevaban zapatos, y casi todos estaban desnudos. Tuvieron que trepar por ásperas y agudas rocas y que atravesar espesos bosques llenos de espinos y zarzales. A menudo era preciso vadear pantanos, marismas y tierras sumergidas ó pasar profundos y rápidos torrentes.

Su alimento consistía en las yerbas y raíces que cogían al paso, y aunque hubiesen encontrado algunos indios, no se hubieran atrevido á pedirles socorro, por temor del estado en que se hallaban, sin armas para defenderse, si es que querían vengar en ellos los ultrajes recibidos de manos de otros europeos.

Para que su posición fuese mas alictiva, dudaban si la tempestad que ocasionó su naufragio los había echado mas arriba de Veragua; pues, en tal caso, cada paso que daban les alejaba de su deseado eden.

Proseguían sin embargo avanzando, animados por las palabras y el ejemplo de Nicuesa, el que alegremente compartía los trabajos con el último de sus compañeros.

Una de las noches durmieron al pié de una escarpada roca; y cuando se disponían para proseguir su penosa marcha, fueron expiados por una partida de indios desde la altura vecina. Entre los compañeros de Nicuesa iba su paje favorito, cuyo sombrero blanco, y los alegres colores de su traje no se ocultaron á los penetrantes ojos de los indios. El primero que le vió le disparó con tal acierto una flecha, que el infeliz cayó muerto á los piés de su amo. Mientras que el generoso caballero se lamentaba de la desgracia de su paje, los demás estaban en la mayor consternación, temiendo por sus propias vidas. Sin embargo los indios no les molestaron mas, contentándose al parecer con aquel acto de barbarie.

Habiendo llegado á la punta de una bahía que se internaba mucho en la sierra, íbalos conduciendo poco á poco á un paraje, que parecía ser el extremo opuesto. Despues de saltar todos en tierra y examinar el terreno, se encontraron, con gran sorpresa suya, en una isla separada del continente por un gran brazo de mar. Era demasiada fatiga la de los marineros que manejaban el bote para llevarlos al otro lado; de consiguiente, determinaron pasar allí la noche.

Preparábanse por la mañana á partir cuando observaron con la mayor consternación que el bote y los cuatro marineros habían desaparecido. Empezaron á correr desatinados de una parte á otra, dando voces y gritos con la esperanza de que se habrían refugiado en algun puertecillo; se subieron á las rocas y extendieron su desconsolada vista por el mar. Vana esperanza!! El bote no parecía: ninguna voz respondía á sus gritos; era evidente que los cuatro marineros habían perecido ó desertado.

CAPITULO II.

Niculesa y su gente en una isla desierta.

LA situación de Nicuesa y su gente, era terrible y desesperada en extremo. Estaban en una isla desierta, rodeados de tierras pantanosas, en mares remotos y solitarios, donde el comercio jamás había desplegado una vela. Sus compañeros de los otros buques, si es que vivían y les eran fieles, indudablemente los crearían perdidos, y muchos años pasarían antes que la casualidad trajese algun buque de descubierta por